

# El Pecado del Rey

DANIEL CAET

No se permite la distribución total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Copyright © 2023 Daniel Caet

Todos los derechos reservados.

Para Gregorio,  
sin duda alguna quien más hubiera disfrutado esta novela  
y quien mejores ratos me habría dado discutiendo sobre ella.  
¡Ojalá se pueda enviar una copia al cielo!

La suprema felicidad de la vida es saber que eres amado por tí mismo o, más exactamente, a pesar de tí mismo.

*Victor Hugo*

## **iNDICE**

EL HIJO DE PUTA	6
SOBRE DANIEL	21
OTROS LIBROS DEL AUTOR	22

## EL HIJO DE PUTA

Pamplona, 1177.

La noche que vinieron a por mí, la tormenta rugía en el cielo como si Dios hubiese enviado a todos sus ángeles para traer el fin del mundo. Las mujeres de la mancebía se hacían cruces y se acordaban de los santos y vírgenes a los que habitualmente ignoraban, mientras las voces de la puta grande intentaban imponerse a los truenos para hacerlas volver a la faena.

Nadie sabía cuál era el verdadero nombre de aquella mujer bajita y gorda como una cerda preñada, pero ella era la que cortaba el pan en aquella casa de solaz en las afueras de Pamplona y todo el mundo la llamaba la puta grande con un respeto que se parecía mucho al miedo. Todos, menos yo. Yo la llamaba abuela y la detestaba tanto a ella como a la vara de mimbre con la que me partía las espaldas siempre que le venía en gana. De sobras sabía yo que aquella mujer no era nada mío, pero así era como mi madre me había hecho llamarla siempre y ellas dos eran la única familia que había conocido, y la mancebía y sus putas el único lugar al que podía llamar hogar. Mi madre había muerto dos noches antes, de sífilis, si uno podía hacer caso de las sucias bocas de sus compañeras de labor, y en ese mismo instante mi vida se había vuelto simplemente tormenta.

Era noche cerrada cuando llegaron, como cualquier otro cliente, pero se dirigieron directamente a la puta grande.

—¿Dónde está? —preguntó de muy malas maneras uno de ellos, un hombre alto y fornido que hacía tiempo que había dejado atrás sus años mozos. Lucía una barba poblada y gris y un rostro de mal talante que asustaba solo de verlo.

—Detrás de esos toneles, siempre se esconde en el mismo sitio —dijo la mujer señalando mi escondite con la cabeza—. ¿Dónde está lo mío?

—¿Cómo sé que es el que busco y que no intentas endosarme a uno de vuestros bastardos?

—Pero si eso es exactamente lo que es! —rio a carcajadas la puta grande.

Sin darle la oportunidad de saber de dónde le había venido, el hombre la agarró por el cuello, levantándola en el aire y sujetándola contra la pared.

—No estoy para tus tonterías, puta!

—Es el que buscas, lo juro, no gano nada con engañarte! ¿Para qué quiero yo a un bastardo de estos? Tengo docenas... —balbuceó la mujer medio asfixiada.

El hombre abrió su mano dejando que la mujer cayese al suelo entre aspavientos y, con un gesto, ordenó a uno de sus acompañantes que me sacase de mi escondrijo. De nada sirvieron mis intentos por escapar, el hombre fue más rápido que yo y, agarrándome por la camisa llena de agujeros y manchas que era mi única vestimenta, me llevó hasta su jefe.

—¿Cuál es tu nombre, muchacho? —preguntó mirándome de mala gana.

—Me llamo Rodrigo, y no soy un muchacho, tengo casi nueve años! —contesté desafiante a aquella mole de hombre que me sostuvo la mirada unos segundos antes de responder entre carcajadas.

—Tienes nombre y maneras de señor, una pena que sólo seas un sapo, y uno bien pequeño, por cierto! —replicó—. ¡Subidle a mi caballo!

Mientras el hombre que me sostenía me sacaba de la mancebía ignorando mis patadas y chillidos, pude ver como aquel gigantón le lanzaba una talega de monedas a la

puta grande que se arrojó a por ella como un halcón sin siquiera dedicarme una mirada. Nunca más volvería a verla ni a ella ni a aquel lugar que pese a todo había sido mi casa.

Nunca había montado a caballo y las sacudidas de la montura al galope en la oscuridad, unidas a la fuerza con la que el hombre me sostenía para que no cayese, hacían que todo mi cuerpo me doliese. No podía ver nada y eso hacía que me concentrase en aquel sufrimiento y en el olor agrio que desprendía mi captor. No sabría decir si nuestro camino fue largo o corto, solo que estaba asustado. Finalmente, el hombre hizo que la montura fuese más despacio y empezó a subir una rampa que llevaba a un gran muro de piedra, con una única puerta para franquearlo, pobemente iluminada con dos teas que se mecían en la tormenta.

Entramos en un patio frío y oscuro y al instante, un enjambre de muchachos algo mayores que yo apareció para ocuparse de las monturas. Mi captor, agarrándome con una sola mano como quién maneja un fardo de paja, me llevó con él a través de una puerta pequeña al interior del edificio.

Un calor dulce y un olor delicioso captaron mis sentidos, al menos hasta que aquella torre humana me dejó caer encima de un taburete sin prestar atención al dolor que causaba en mis posaderas.

—¿Tienes hambre, sapito? ¡Claro que tienes hambre, no hay más que verte...! —dijo sin dejarme responder.

—¡No me llamo sapito, me llamo Rodrigo y quiero irme de aquí, maldito bastardo!

—¡Vigila esos modales, sapito, ya no estás entre esas putas que te han criado!

—¡Quiero volver a mi casa! —grité intentando levantarme de aquel taburete para salir corriendo, aunque no supiera a dónde.

—¡Estate quieto o te pelaré el culo a azotes! —contestó mientras me agarraba con su manaza impidiendo que me moviese.

—¡Déjame en paz, perro judío!

—¿Qué escándalo es este, Garcés? —resonó una voz de mujer detrás de mí haciendo que el hombre se parase en seco para mirarla.

—¡Mi señora Sancha! Disculpadme, los modales de este zagal distan mucho de ser los apropiados, pero ya me encargaré yo de pulirle a base de palos.

—¿Es este el que te pedí que buscases?

—Así es, señora, dice que se llama Rodrigo...

Los ojos de la mujer, alta, espigada y vestida con una sobreveste de color marrón que dejaba ver una camisa de color blanquecino debajo, me escudriñaron sin piedad como quién revisa un cordero en el mercado antes de comprarlo.

—Buscadle un jergón para la noche y dadle algo de comer, ¡vive dios que lo necesita! Encargaos de que mañana le den un baño y lo despiojen, no permitiré que se arrime al infante don Fernando de esta guisa. Cuando esté listo, traédmelo.

—¡Así se hará, mi señora! —respondió el gigante, aunque aquella mujer se dio la vuelta y se marchó sin prestarle más atención.

—Vaya cordero que me has traído esta vez, Garcés! ¡Me da a mí que este tiene la carne dura para guiso! —resonó otra voz de mujer desde la entrada de la cocina. —¡No me mires así, hombre, era sólo una broma, pequeño!

Aquella mujer poco tenía que ver con la primera. Si aquella era espigada, fina y aún joven, esta estaba rolliza y había pasado hacia tiempo sus mejores años. Donde la otra

presentaba una cara de vinagre, esta tenía una sonrisa sincera que hizo que por un instante mis nervios por encontrarme en lugar desconocido y con gente extraña se calmasen.

—¿Tienes algo de comer, Filomena? ¡A lo mejor con el estómago lleno deja de dar patadas y no tengo que arrancarle la cabeza de un manotazo!

—Tú te has pensado que los niños son los soldados esos entre los que te has pasado toda la vida, Garcés. ¡Anda, tú no le hagas caso, muchacho! ¿Tienes hambre? Porque creo que aún me queda algo de estofado de la cena de esta noche, serán más castañas y nabo que carne, pero creo que te gustará.

La mujer se levantó y volvió al instante con un cuenco de barro que humeaba y olía de forma deliciosa y del que di buena cuenta.

—Ya he oído lo que te ha dicho mi señora Sancha. Esta noche que duerma en la cocina, en el jergón que hay junto al mío, que tú eres capaz de hacerle dormir en el establo entre el estiércol de los caballos. Mañana te lo bañaré y te avisaré cuando esté listo para que se lo lleves.

—¡Cómo tú quieras! Aunque mejor estaría en el establo, más le vale que se endurezca o no durará ni dos días —respondió el hombre, y sus hombros se relajaron como a quien le quitan un peso de encima.

—¡Qué sabia fue nuestra señora la virgen María al no darte hijos! ¡Pedazo de bruto!

—Es lo que tenemos los hijos de puta, Filomena, que no nos queda de otra que volvemos duros si queremos sobrevivir —replicó al comentario de la mujer al tiempo que se levantaba de la mesa y nos dejaba, pero mirándome fijamente como si aquella frase fuese dirigida a mí.

—¡No le hagas caso! —dijo la mujer cuando se hubo marchado—, Garcés es un buen hombre, pero la vida le ha curtido la piel y el corazón y le ha endurecido los modales. ¡Será mejor que vengas conmigo y que intentes dormir algo! Mañana tendrás que madrugar, la reina duerme poco y esperará que estés listo para verla a primera hora. ¡Sí, no me pongas esa cara de atontado! —continuó al ver la extrañeza en mi rostro—. Esa mujer era doña Sancha, reina de Navarra. ¿Acaso pensabas que te habían traído a una casa cualquiera de mala muerte?

No supe responderle. Me hubiera gustado decirle que no me importaba si aquella era una casa de reyes o de muertos de hambre, que yo sólo quería volver a la mía. Pero en ese momento comprendí lo estúpido de mi pensamiento. A mí no me quedaba casa a la que volver, mi madre estaba muerta y con la puta grande sólo me esperaban palos o algo peor. En una mancebía sólo se puede ser puta o putera y yo no habría sido el primer hijo de manceba que acababa siendo carnaza de los señorones que venían cada noche a desahogarse con lo que quisieran ponerle por delante, mujer, niño o animal.

Filomena me llevó hasta la parte de atrás de la cocina donde había dos jergones, uno más grande en el que ya yacía una muchacha medio desnuda y otro más pequeño, los dos cerca de un fuego escuálido que apenas si calentaba aquel espacio.

—Tú duerme en el pequeño, yo dormiré con Sebastiana, de todas maneras, solemos dormir juntas para darnos algo de calor.

La mujer me tiró por encima un trozo de tela vieja que, a pesar de todo, algo de calor daba. Quizá fue el agotamiento de todos los sucesos del día, o quizás el miedo que a veces adormece los sentidos, pero el caso es que no tardé en quedarme dormido y en soñar con el rostro de mi madre que me miraba con dulzura sin decir una palabra.

Apenas si había amanecido cuando Filomena me despertó y me sacó al patio por el que se entraba a la cocina y en el que ya había gente yendo y viniendo sin prestarnos ninguna atención.

—Así que este es el gurriato —soltó una voz aguda como un grillo que resultó ser la de la muchacha que vi durmiendo la noche anterior.

—¡Me llamo Rodrigo, no gurriato!

—Muy bien, Rodrigo —respondió entre risas—, pues más vale que te quites esos harapos que llevas puestos porque toca mojarse el trasero.

—¡Yo no pienso mojarme, hace mucho frío!

—¡Vaya que si lo vas a hacer, tanto si quieras como si no! —resonó la voz de Filomena que me cogió por detrás y en un instante me había quitado la camisa y los calzones dejándome como mi madre me trajo al mundo. Me sacudí y quise protestar, pero la tal Sebastiana no me dio tiempo y me arrojó por la cabeza un cubo de agua tan fría que me quedé sin respiración. No me dieron cuartel. Los cubos de agua se continuaron, alternándose solo con los raspones que me hacía en el cuerpo Filomena frotándose con un trapo viejo y áspero como si quisiese arrancarme la piel. Tardaron un buen rato en darse por contentas y yo acabé agotado. Me secaron y Filomena me metió de nuevo en la cocina, donde agradecí el calor que proporcionaban los fogones.

—Estas deberían servirte —dijo Sebastiana entregándome unas ropas que, aunque no eran nuevas, estaban en mucha mejor condición que las mías—. ¡Póntelas que te preparo unas migas para que te recuperes del frío!

Casi no tuve tiempo de acabar las migas porque, cuando aún me quedaban un par de cucharadas, el tal Garcés ya se había presentado en la cocina y, agarrándose del brazo de malas maneras, me llevó a empujones por un laberinto de corredores, pasillos y escaleras hasta el piso superior. Allí, me encaminó con la dulzura de una mula al interior de un gran salón con un fuego que ardía en un inmenso hogar de piedra junto a dos sillones de madera que a mí me parecieron tronos. Sin dudar un instante allí me coloqué, lo que me hizo ganarme otro par de pescozones de mi amigo Garcés.

—¡Levanta de ahí, maldito sapo, estás en presencia de una reina!

—Veo que lo habéis bañado como pedí, aunque el olor a casa de putas no se le ha ido —soltó la mujer de la noche anterior con un tono que no dejaba lugar a dudas de que su asco era muy real. Esta vez su sobreveste iba bordada con piedras brillantes que supuse que debían valer una fortuna siendo como era una reina—. ¿Te han explicado para que estás aquí? —soltó dirigiéndose directamente a mí por primera vez.

—¡Nada sé de donde estoy ni de por qué me han traído aquí, yo sólo quiero volver a mi casa!

—Si por tu casa te refieres a ese burdel, ya puedes hacerte a la idea de que eso no ocurrirá. Estás aquí para ser la compañía de mi hijo, el infante don Fernando, y cree que no es por mi gusto. Tu vida anterior ya no existe, desde ahora acompañarás al infante en sus juegos, en sus lecciones y en cualquier cosa que él desee hacer. Te limitarás a ver, oír y callar. A cambio, te será dada una educación cristiana y, con suerte, sacaremos de ti algún provecho si es que la pecadora de tu madre no te ha parido inútil o estúpido. ¿Te ha quedado claro, Rodrigo? —Y no se me escapó que utilizaba mi nombre por vez primera.

—¿Y si no quiero? —pregunté, y la respuesta me llegó al instante en forma de un golpe de la mano de Garcés que me dejó el labio sangrando.

—Si no quieras —dijo la reina acercándose y sujetando mi rostro con su mano fría hasta hacerme un daño—, yo misma me encargaré de que te corten en pedazos y te echen a los cerdos.

Ni siquiera esperó mi respuesta, se limitó a batir sus palmas y en un instante una mujer gorda apareció en el salón y se postró ante ella.

—¡Mi señora!

—¡Llévale con el infante, y dile al hermano Teobaldo que si sus modales no son los adecuados tiene mi permiso para partírle el alma!

Garcés me entregó en las manos de aquella mujer que me sacó del salón como si acabásemos de robar algo.

No sé durante cuánto tiempo aquella mujerona me arrastró por el palacio, sólo sé que hubo un momento en que empecé a marearme y lo único de lo que era consciente era de que íbamos hacia abajo. Finalmente, llegamos hasta un portalón que la mujer abrió sin contemplaciones. Al otro lado nos recibieron las caras perplejas de un niño algo más pequeño que yo, de unos cinco o seis años, una figura cubierta de arriba a abajo en un hábito de monja negro como la noche y que tenía la cara arrugada como un higo seco, y un hombre —claramente un monje—, que sonreía como si aquella gorda ama de cría le hubiese traído un regalo.

—¡Buenos días, Herminia! —soltó el monje casi cantando—. ¿Es este el nuevo alumno?

—Sí, este es —respondió soltándome en el medio de la sala—. Su majestad me indica que no escatiméis en palos.

—Estoy seguro de que no será necesario, gracias por traerle hasta aquí.

—¡Cómo vos digáis! Vendré a buscarlos para la hora del paseo como todos los días.

—¡Muy bien Herminia, id con Dios! —La mujer le hizo un gesto con la cabeza y sin más nos dejó en la oscuridad de aquel cubículo ocupado por tres mesas cubiertas de rollos de pergamo y algún que otro volumen encuadrernado en piel, que sólo estaba iluminado por la luz de muchas velas dispuestas por todo el espacio.

—Y bien pequeño, creo que tu nombre es Rodrigo, ¿no es así?

—Sí, así me llamo, padre —respondí dirigiéndome a él como mi madre me había enseñado a dirigirme a los curas.

—En realidad es más correcto que me llames hermano Teobaldo.

—¡Cómo usted mande!

—Perfecto, acércate entonces, Rodrigo, este de aquí es el infante don Fernando, estoy convencido de que pronto seréis buenos amigos.

—¡No nos has dicho tu nombre! —interrumpió una voz cantarina a mis espaldas. Al girarme me encontré de frente con una niña alta y morena, más o menos de mi edad, con un pelo largo que le caía por la espalda y vestida como si fuera una copia de la reina Sancha—. ¿Acaso no tienes uno?

—Sí, lo he dicho, me llamo Rodrigo —respondí de malas maneras irritado por tener que repetir constantemente como me llamaba.

—Ese no es tu nombre, me refiero a tu nombre de familia. Todo el mundo tiene un nombre de familia, ¿o es que eres hijo de un labriego?

—Bueno, esta impetuosa joven es la infanta doña Berenguela, Rodrigo. Debes perdonar sus modales.

—¡Berenguela, por favor, discúlpate! —habló la anciana que parecía observarlo todo como un búho—. ¡Esos no son modales de dama!

—¡Yo no soy una dama, soy la hija de un rey, y no voy a disculparme! ¡Sólo le he preguntado cuál era su nombre!

—Ya te he dicho que me llamo Rodrigo, sólo Rodrigo.

—Y yo te he dicho que eso es imposible, mi madre no permitiría que se nos acercase un muchacho cualquiera, debes ser al menos hijo de algún noble navarro. ¿Cómo se llama tu padre? —insistió la muchacha como un perro que no quiere soltar la presa.

—Yo no tengo padre —le respondí y aquella frase sencilla hizo que el silencio llenase el espacio hasta hacer difícil respirar.

—¡Bueno, ya está bien! Rodrigo ha dicho que se llama y Rodrigo será, el resto no tiene mayor importancia. Ante nuestro señor todos somos iguales, todos nuestros cuerpos serán comida de gusanos, y sólo nuestra alma permanecerá, y esa no sabe de títulos. Mi señora Berenguela, os ruego que volváis a la lectura de las bienaventuranzas con la hermana Magdalena. Rodrigo, tú ven aquí con el infante y conmigo.

Me acerqué obediente, pues otra alternativa no tenía, y decidí ignorar a aquella maldita muchacha. El hermano Teobaldo se apartó para dejarme espacio junto al infante y puso su mano sobre mi hombro.

—Veamos Rodrigo, ¿qué es lo que sabes de letras y números? ¿Has aprendido a leer y a contar?

—No, señor, nada sé de esas cosas —respondí sin poder evitar sonrojarme.

—Y nada hay de qué avergonzarse, muchacho —respondió comprendiendo mi reparo—, aquí te enseñaremos lo necesario de gramática y aritmética, de latín y de griego, y de alguna otra materia útil para tu vida. De hecho, mi señor Fernando, que ya sabe algo de letras te ayudará a avanzar rápido. Mira, empécemos por este pliego de aquí que es de fácil lectura y cuenta la parábola del hijo pródigo, que por más de hermosa tiene una enseñanza de la que podemos aprender. Fernando, hacedme el favor de leerlo para que Rodrigo se vaya fijando en cómo suenan algunas letras.

Y allí, en aquel cubículo, escuchando como el infante don Fernando leía en voz alta una historia que no podía comprender, pasé la mañana absorto en los dibujos de aquel pliego y en los colores y formas de sus letras que atraían mi mirada como si de un hechizo se tratase. En ese momento me propuse que fuere como fuere yo aprendería aquellas cosas de nobles y señores y que, algún día, yo también tendría un nombre y no sería más simplemente Rodrigo.

Los siguientes días pasaron veloces, llevados por las rutinas que el hermano Teobaldo y el ama Herminia nos imponían, hasta el punto de que empecé a olvidarme poco a poco de la mancebía y de la puta grande y, por desgracia, hasta el rostro de mi madre empezó a ser menos claro en mi mente. Al principio aquello me provocaba desazón y tristeza, pero pronto la emoción de todas las cosas nuevas que aquella vida impuesta me había traído hizo que el dolor del olvido no pesase tanto. No sabía por qué me habían llevado hasta allí, ni por qué el hijo de una puta sería merecedor de tanta gracia. No podía concebir otra razón que la caridad cristiana, por mucho que me costase aceptar que la reina Sancha me tuviese caridad alguna; pero también sabía que no existía para mí camino de vuelta alguno y que lo único que podía hacer era agarrar con todas mis fuerzas la oportunidad que me era dada.

Me habían sido dados aposentos al lado del infante don Fernando, minúsculos hasta para un ratón, pero que a mí más me parecían un palacio pues nunca había tenido lecho que pudiese llamar propio y mucho menos cama elevada con sábanas finas y limpias. Fernando —como él mismo había insistido que le llamase obviando el título, pues para él tenía que debíamos de ser como hermanos—, estaba encantado de mi ubicación, pues le

permitía escaquearse en mi cuarto en cuanto el ama Herminia se descuidaba o estaba demasiado ocupada con la pequeña infanta Blanca que contaba apenas un año.

Nuestra vida transcurría fundamentalmente entre paredes pues no nos era permitido abandonar el palacio bajo ningún pretexto. Nuestra oportunidad de tomar el sol se limitaba al rato de juegos en los jardines que Herminia nos proporcionaba con la rigidez de un capitán militar, pues según ella el sol era salud. El resto del tiempo se pasaba entre lecciones en el cubículo, al que los niños habíamos dado en llamar la cueva, y los rezos a los que tanto el hermano Teobaldo como la hermana Magdalena nos obligaban a asistir cada día. Las lecciones habían surtido el efecto esperado en mí y tres meses después de mi llegada al palacio podía ya entender la mayor parte de la misa y, aunque algunas letras aún se me resistían, me llenaba de orgullo ser capaz de reconocer la mayoría de ellas en los pliegos y pergaminos.

Tal parecía que mi presencia en el palacio y en la vida de sus gentes se hubiese aceptado por todos de buen grado. Incluso la infanta Berenguela parecía haber perdonado mi falta de nombre alguno y me trataba, si no con cariño, sí con contento, de forma que sus maneras para conmigo se habían hecho más dulces y amables. Tan sólo la reina doña Sancha seguía recordándome, con su trato y su desdén, el lugar del que había salido. Aunque no solíamos verla demasiado, su majestad insistía en que sus hijos cenasesen con ella cada noche. Eso significaba que yo debía hacerlo en la cocina con los mozos de cuadra y las cocineras, aunque aquello, lejos de molestarme, me agradaba, pues entre aquellas gentes me sentía cuidado, protegido y tratado como un igual. Más me dolía que me excluyese de la misa de los domingos que por orden expresa de aquella mujer debía realizarse en la capilla del palacio tan sólo para la familia real, lo cual me impedía disfrutar de la magnífica talla de la virgen que presidía el altar y que, a mis ojos, tenía el rostro más hermoso jamás concebido. Doña Sancha insistía en que la imagen estuviese siempre adornada con flores frescas, oportunidad que yo aprovechaba para acompañar a Sebastiana en la tarea con el único afán de poder observar aquel rostro que, en mi pequeña mente de niño, fue poco a poco sustituyendo al de mi verdadera madre.

Pronto el invierno se nos fue, y la primavera nos trajo jornadas más largas y temperaturas más cálidas, y con ellas la mula de Garcés volvió a mis días. Una mañana calurosa de mediados de abril, el ama Herminia nos dijo que el infante y yo debíamos acompañar a Garcés, mientras que Berenguela debía seguir con su educación al lado de la hermana Magdalena. Ni que decir tiene que la infanta montó en cólera gritando a los cuatro vientos su incomprendión al verse apartada de lo que ella estaba convencida que sería algún juego maravilloso, y de poco sirvieron las palabras de Herminia tratando de hacerle entender que eran cosas de hombres.

Fernando, por su parte, apenas podía contener la emoción por lo que fuese a ocurrir, convencido de que debía ser algo peligroso y excitante si es que su hermana se había visto apartada de ello. Para él, que hasta ahora había compartido todo con Berenguela, aquella era la señal no solo de que ya no era un chiquillo, sino de que se le reconocía como un hombre y eso le llenaba de orgullo.

Garcés nos llevó hasta la parte trasera del castillo, donde yo no había estado jamás porque estaba destinada a los cuarteles de los soldados. Cuando salimos nos recibió un sol de justicia que se reflejaba en el suelo de arena que ocupaba todo el espacio. Algunos soldados se encontraban allí afilando espadas y lanzas y limpiando monturas y no nos prestaron ninguna atención cuando llegamos como si nos esperasen.

La mula de Garcés nos llevó hasta el centro del recinto donde había dos espadas de palo tiradas en el suelo.

—Mi señor don Fernando, vuestro padre ha dado orden de que empecéis a ser instruido en el arte de la espada, dado que ya tenéis seis años. Nada debéis de temer, pues como veis comenzaremos usando estas armas de madera de forma que no os hagáis daño —le soltó al infante con una ternura que nunca había mostrado conmigo.

—¿Y yo qué debo hacer?

—¿Tú? Tú siéntate por ahí donde no molestes, sapito —me espetó haciéndome sentir miserable por no poder compartir lo que a mis ojos era una un juego divertido. Me senté a la sombra del muro exterior del castillo viendo a Fernando disfrutar de aquel ejercicio entre risitas y algarabías.

Fernando intentaba seguir las indicaciones que Garcés le daba sobre como sujetar la espada, cuando usar las dos manos y cuando una sola. El pobre asestaba mandobles a diestra y siniestra pareciéndose más a un perrillo que persigue gallinas que a un soldado o caballero, lo que provocó los comentarios jocosos de la soldadesca. La frustración no tardó en aparecer y Fernando acabó por lanzar la espada de madera al suelo en una real pataleta y salir corriendo, llamando al ama Herminia. Garcés salió detrás de él reprimiendo la risa que aquella situación le provocaba, pues a fin de cuentas aquel chiquillo era uno de sus señores y no era digno de vasallo que se precie hacer burla de su señor. Cuando se fueron me quedé mirando la espada que el infante había dejado tirada en el suelo y, como niño que era, no pude reprimir la necesidad de cogerla y jugar yo también a aquello que me habían negado un momento antes. Mis manos agarraron la empuñadura del arma de palo que resultó pesar bastante más de lo que esperaba, pero aquello no me amedrentó. Con una serenidad digna de cualquier caballero, empecé a repetir los movimientos que Garcés le había intentado enseñar al infante un instante antes. Todo a mi alrededor cambió. Mi mente y mi cuerpo estaban concentrados en los movimientos, que según Garcés debían ser fluidos, como las ramas de un árbol que se mece por el viento. Un caballero baila con la muerte, le había dicho, no asesta golpes a trompicones como quien ara con un mulo.

Un golpe en los nudillos que me hizo saltar las lágrimas provocó que saliese de mi ensimismamiento.

—Debes asegurarte de coger la espada con firmeza en todo momento o estarás desarmado al primer golpe —resonó en mis oídos la voz de Garcés antes siquiera de que pudiese separar mis ojos de mis doloridas manos—. Firme, pero ligero, duro, pero flexible. ¡Ya lo entenderás con la práctica! ¿Quién iba a decir que nuestro sapito tenía dientes!

—Yo... lo siento, no iba a romper la espada de Fernando, ni nada, sólo pensé que no importaría si...

—No tienes nada de qué disculparte, sapito, esa espada es mía no del infante. Además, no es más que un trozo de madera para niños. Las espadas de verdad están hechas de acero y pesan mil veces más. ¿Te gustaría aprender a usar una?

Apenas podía creer que me estuve haciendo aquella pregunta, que me estuviese ofreciendo la oportunidad de aprender a manejar una espada como un auténtico soldado.

—¡Sí, sí que quiero, claro que quiero!

—Muy bien, yo me encargaré de hablar con el hermano Teobaldo para que nos deje un rato todos los días antes de cenar para que puedas practicar, endurecer tus músculos y sujetar una espada de mano y media y, si no te rindes antes, algún día podrás manejar un montante como un señor. Pero escúchame bien —dijo acercando su cara a la mía hasta que sus ojos oscuros, casi negros, se clavaron en los míos—, no deberás descuidar ni tus estudios ni tus obligaciones, si así lo hicieses no habrá para ti más espada ni ahora ni nunca. ¿Entendido?

—¡Sí, sí, no os preocupéis Garcés, os prometo que no tendréis queja alguna de mí!

—Eso lo veremos, sapito, eso lo veremos, ahora vuelve con el infante como es tu obligación —. Pero no se me escapó que en su rostro se mostraba una sonrisa muy poco frecuente.

Durante las siguientes semanas entré en una rutina que se acercaba a una forma de felicidad que no había conocido jamás. Las clases del hermano Teobaldo me hicieron avanzar en mi lectura y escritura, y hasta empecé a disfrutar de los números y cálculos que se empecinaba en que dominase. Cada noche, las clases de Garcés me hacían crecer en confianza y determinación de convertirme en un caballero, en un soldado; y aunque él insistía en que debía esperar antes de saber si aquella vida era para mí o no, sus lecciones no disminuyeron ni un ápice en intensidad.

Si aquellas clases llenaban mis mañanas y mis noches, el resto del día lo pasaba jugando y corriendo por todo el castillo con Berenguela y Fernando. Como ocurre a todos los niños, pronto habíamos olvidado todo lo que nos separaba —por más que mi señora Sancha se esforzase en recordárnoslo constantemente—, y habíamos aceptado lo que nos unía, una alegría y un ansia por vivir que enseguida se transformó en un cariño propio de hermanos. Sin darme cuenta me convertí en el protector de mis compañeros de juegos, aceptando un papel de hermano mayor que nadie me había dado, pero que ellos permitían con gusto. Aunque pronto fue evidente que era Berenguela quien llevaba las riendas de nuestra amistad. Aquella niña de piel blanca y pelo oscuro como el ala de un cuervo, con unos ojos de un intenso color azul, sabía cómo hacerme cumplir con su más pequeña voluntad tan sólo con una sonrisa y yo, aún sabedor del poder que ejercía sobre mí, me dejaba llevar de un lado a otro a su capricho sin que ello me supiese mal. Y precisamente uno de aquellos caprichos sería el que acabaría con aquel pequeño paraíso que me había sido dado.

Ya era primavera avanzada cuando el ama Herminia nos indicó que al día siguiente habríamos de celebrar el día del nacimiento del infante Fernando y que, por aquella razón, la reina Sancha había pedido que se prepararan dulces para todo el palacio.

—¡Flaones! —dijo Berenguela, claramente excitada por la noticia haciendo que el ama Herminia se echara a reír a carcajadas.

—¡Sí, claro que habrá Flaones, pequeña, bien sé lo que te gustan!

—¿Qué son Flaones? —pregunté sin entender el porqué de tal algarabía.

—Son dulces —me contestó Fernando—, son los favoritos de Berenguela.

—A mí sólo me gustan los que hace Filomena, llenos de requesón, pasas y almendras y aderezados con miel. ¡Se me hace la boca agua sólo de pensar en ellos! Ya verás que te encantarán.

La forma en la que Berenguela los describía y en la que su cara se iluminaba con la idea, hacían que no pudiese esperar a probarlos.

—Bueno, sea como fuere, eso será mañana, así que tendréis que esperar.

—Nosotros no esperaremos —susurró Berenguela a mi oído—, búscame en la puerta trasera de las caballerizas después de la cena y te enseñaré un secreto.

Y con una sonrisa maliciosa se alejó de mí para ir a sus rezos con la hermana Magdalena.

Cuando acabamos la cena y Filomena se quedó por fin contenta con mi limpieza de ollas y cazos, me encaminé a reunirme con Berenguela en el lugar en el que me había citado. Crucé el patio de la cocina hacia las caballerizas del palacio. Los mozos hacía tiempo que se habían retirado tras limpiar y alimentar a los caballos y no había más ruido que el piafar de las bestias y el repiqueteo de sus cascos moviéndose nerviosos al sentir mi presencia. Me dirigí hasta el extremo opuesto de las caballerizas. Al llegar allí, la voz de Berenguela me llamó en susurros.

—¡Rodrigo, aquí Rodrigo!

Se encontraba escondida tras la puerta de uno de los cubículos que estaba vacío, agachada como un ratón.

—¿Qué haces ahí? ¿Para qué me has hecho venir? —le dije mientras me acercaba a ella.

—¡Baja la voz o nos cogerán! ¡Vamos a comer Flaones!

—¿Para eso me has hecho venir aquí a escondidas? El ama Herminia ha dicho que eso es para mañana.

—Sí, ya lo sé, pero Filomena siempre los hace el día antes y los guarda en una despensa detrás de la cocina, y yo sé cómo entrar allí sin que se entere nadie.

—Pero ¿para qué queremos entrar si los vamos a comer mañana de todas maneras?

—¡Es una aventura, Rodrigo! ¡No seas mojigato!

—¡Yo no soy eso! —respondí indignado sin saber muy bien qué significaba.

—¡Chist! ¡Baja la voz! No hay nada que discutir, yo soy infanta y tú harás lo que yo te diga —me espetó sin compasión y yo, lejos de molestarme, acepté lo que me decía como si fuese mi única verdad—. ¡Ven conmigo!

Me agarró de la mano y me guio hasta una puerta que se abría en el lateral de las caballerizas y que daba a un pequeño patio que no había visto en todo mi tiempo en el castillo.

—¿Qué es esto?

—Aquí es donde yerran a los caballos —dijo señalando a una nueva puerta de dos hojas que se abría en el lateral del recinto y que estaba cerrada—, esa es la herrería. Y aquella es la despensa.

Frente a nosotros, una ventana minúscula, con una portezuela de madera que había conocido tiempos mejores, se vislumbraba en la oscuridad del patio unas dos cabezas por encima de nosotros.

—¿Eso? ¿Y cómo pretendes que subamos ahí?

—No tenemos que subir los dos, tú me alzarás y yo entraré en la despensa y te pasaré los Flaones. Al otro lado hay una mesa, así que no tendrá problema para prepar a la ventana para salir.

—¿Cómo sabes que la mesa sigue ahí? Podrías quedarte atrapada dentro si Filomena la ha movido.

—Ya te he dicho que no es la primera vez que entro, y Filomena no habrá movido nada, confía en mí. ¡Venga, áupame!

Sin esperar a que yo dijese nada se arremangó la falda del vestido enseñándome sus piernas sin recato alguno y no me quedó otro remedio que obedecerla. Cogiéndola por las piernas, la alcé como pude para que pudiese llegar a la ventana. Para mi sorpresa, trepó hasta el alféizar como un gato y en un instante estaba dentro de la despensa. El tiempo que

pasó dentro me pareció una eternidad, pero no me atreví a llamarla para no correr el riesgo de que alguien nos atrapase en medio de aquella correría.

Finalmente, Berenguela volvió a asomar su cabeza por la ventana.

—¡Coge esto! —susurró mientras me tiraba un trapo anudado que contenía algo sólido en su interior.

—¿Qué es esto?

—Un pavo asado, ¿tú que crees? ¡Son los Flaones!

Sin decir una palabra más sacó todo su cuerpo por la ventana y me ordenó que la ayudase a bajar, cosa que hizo con la misma soltura que había subido.

—Te dije que no nos pillarán! Ya nos podemos marchar. Vamos a tu cuarto y allí podemos repartirnos el botín —dijo en un tono bajo con una amplia sonrisa en la boca por el éxito de la fechoría.

Volvimos a las caballerizas donde entramos en completo silencio por ser la zona donde corríamos más riesgo de que alguien nos encontrase. Estábamos seguros de que nos habíamos salido con la nuestra cuando de repente un ruido nos asustó. Frente a nosotros, a la débil luz de los candiles, se encontraba una figura encapuchada, de pie en el centro del establo, mirándonos. Inmediatamente pensé que debía tratarse de uno de los mozos de cuadras que sin duda nos delataría ante Garcés y, anticipando el castigo que recibiríamos, se me erizaron los pelos de la nuca. Pero Berenguela, agarró fuertemente mi mano y para mi sorpresa se dirigió al hombre.

—¿Quién eres?, no te conozco. Déjanos ahora mismo o llamaré a la guardia.

Yo no podía entender nada, pero era evidente que Berenguela se había dado cuenta de algo que yo no había podido apreciar.

En respuesta, el hombre hizo un movimiento para apartar ligeramente la capa que le cubría todo el cuerpo hasta los pies y el brillo de algo metálico y pequeño apareció en su mano. Una daga larga.

—¡Corre, Rodrigo, corre! —chilló Berenguela tirando de mí hacia la puerta del corredor que estaba a nuestra derecha.

No tuve tiempo de pensar en lo que ocurría. Sabiendo que me iba la vida en ello corrí tras Berenguela por aquel pasillo. El sonido del portazo tras nosotros me indicó que aquel hombre había salido en nuestra persecución. No tuve tiempo de mirar atrás, ni ganas, aquel hombre podría estar justo tras de mí, pero yo sólo corría hacia adelante jaleado por la voz de la infanta.

—¡Corre Rodrigo, no te pares, sigue corriendo!

Aquel túnel era corto, pero aquella noche se me antojó largo como el mismo purgatorio. Podía oír los jadeos del hombre que nos perseguía y que si no había conseguido alcanzarnos aún era tan solo por la estrechez del pasillo que dificultaba los movimientos de un adulto.

Berenguela empujó con todas sus fuerzas la puerta que daba a la entrada principal del castillo y sin pensarlo un segundo siguió tirando de mí hasta que salimos al patio exterior y allí, sabedora de que era su única oportunidad, empezó a chillar con todo lo que le daba su pecho.

—¡Guardia, a mí la guardia, a vuestra infanta! ¡Auxilio! —sus gritos resonaron en el patio en medio de la oscuridad, pero para entonces, el hombre ya nos había alcanzado. Como en un reflejo puse mi cuerpo entre el suyo y el de Berenguela sin pesar en lo que estaba haciendo. Quise mirar su rostro, pero en la escasa luz de la luna que nos iluminaba solo pude ver que una gran cicatriz recorría su cara en el lado derecho y donde debería

existir un ojo tan sólo había un trozo de piel seca. El brillo de su puñal alzándose en el cielo me hizo pensar que aquel era mi fin. En un instante, un gruñido hirió el aire, pero no era mío o de Berenguela, sino de nuestro atacante que, de repente, fue lanzado hacia atrás por una fuerza descomunal cayendo al suelo del patio.

—¡Corred, poneros a salvo dentro y cerrad las puertas! —Era la voz de Garcés que había aparecido irguiéndose como un gigante tras aquella sombra—. ¡Corred os digo!

Obedecimos sin pensarlo, entrando en el castillo y cerrando el gran portalón, aunque sin poder correr el travesaño de cierre que era mucho más grande y pesado que nosotros. Me quedé contra la puerta, empujando con el peso de mi pequeño cuerpo mientras Berenguela seguía gritando, alertando a todo el palacio y haciendo que los sirvientes se acercasen hasta nosotros. Todos acudieron a la llamada de su señora como era de esperar, pero nadie prestó cuentas al muchacho que seguía empujando la puerta de acceso con desesperación.

No sé cuánto tiempo estuve allí, en algún instante perdí la noción de lo que ocurría a mi alrededor. Mi mente y mi cuerpo solo se concentraron en sujetar aquella puerta por la que no debía pasar aquel hombre que quería hacer daño a Berenguela. Y no paré hasta que una voz inusualmente amable me sacó de mi trance.

—¡Ya está bien, muchacho, ya puedes dejar de sostener la puerta, estás a salvo! ¡Lo has hecho muy bien!

Poco a poco dejé mi cuerpo ir, pero, cuando lo hice, mis piernas me fallaron y una luz intensa me hizo cerrar los ojos y mi mundo se volvió tan oscuro como aquella tormenta que me había traído a palacio.

Cuando por fin pude abrir mis ojos y mirar a mi alrededor, la cabeza me dolía como si me hubiera coceado una vaca. Estaba en mi cuarto y frente a mí estaba Sebastiana que me sonreía.

—¡Bueno, por fin, así se crían los mozos grandes y hermosos, has estado durmiendo más de dos días! Ya no sabíamos si ibas a despertar o si nuestro señor iba a llevarte con él.

Me costó un instante entender lo que me estaba contando hasta que la imagen de aquella puerta que yo sujetaba como si me fuese la vida en ello vino a mi cabeza.

—¡Tengo hambre! —dije con media lengua, pues tenía la boca seca.

—¡Y eso es buena señal! Voy a decirle a Filomena que estás despierto y que te traiga algo de lo que haya echado hoy en el puchero. —Y sin más me dejó solo y salió como alma que lleva el diablo.

Cuando la puerta volvió a abrirse no eran ni Filomena ni Sebastiana quienes me traían la comida, sino Garcés.

—¡Me alegro de ver que esto no ha podido contigo, sapito! —dijo sonriendo y entregándome un cuenco lleno de un líquido humeante que olía delicioso—. ¡Nos has tenido un poco preocupados! ¡Te comportaste como un valiente, muchacho!

—¿Aquel hombre...?

—Me temo que logró escapar. No sin una buena tunda de golpes por mi parte, pero el muy hideputa salió corriendo y logró colarse por uno de los desagües de la muralla que dan al foso. Los soldados salieron tras él, pero con la oscuridad de la noche fue imposible encontrarle.

—Pero, ¿quién era?

—No creo que lleguemos a saberlo jamás. Pudo ser alguien que pensaba que robar en el castillo sería fácil, el hambre vuelve desesperada a mucha gente. Al encontrarse con vosotros se vio descubierto y creería que le delataríais, por eso os atacó.

Mientras me decía aquellas palabras, algo oscuro en la mirada de aquel gigante me hizo pensar que sabía más de lo que me contaba, pero no me atreví a preguntar.

—Lo importante es que te comportaste como un hombre defendiendo a la infanta de aquella manera y sujetando la puerta para que ella pudiese huir. ¡Estoy orgulloso de ti, muchacho!

Aquellas palabras, pronunciadas con una sinceridad inesperada en el gigantón, hicieron que los ojos se me llenaran de unas lágrimas que no pude ocultar.

—¡Vamos, vamos, sapito, ya veo que no sabes recibir elogios! Ya no diré más nada, te dejo que acabes tu comida. ¡Por cierto, cuando acabes creo que deberías buscar a doña Berenguela, ha estado muy preocupada por ti todos estos días! Creo que se alegrará mucho de verte.

Sin decir más, se levantó y se dirigió a la puerta, pero antes de que saliese le llamé por su nombre.

—¡Garcés!

—¿Sí, muchacho? —replicó girándose para mirarme.

—Tuve mucho miedo.

Su mirada, normalmente fría y dura como la piedra de la muralla se dulcificó al instante y por un segundo creí ver el brillo de una lágrima en sus ojos.

—Todos lo tenemos. Debes aprender que el hombre más valiente no es el que no tiene miedos, sino el que decide enfrentarse a ellos a pesar de todo. ¡Y tú fuiste muy valiente! —Y sin decir más me dejó.

Cuando por fin acabé el cuenco de potaje, salí de mi cuarto para buscar a Fernando y Berenguela, quería abrazarles y decirles que estaba bien. Sin embargo, cuando me disponía a enfilar la escalera que bajaba a la sala de estudio vi como una sombra que me pareció la de Berenguela ascendía las escaleras y decidí seguirla. La escalera ascendía cuatro pisos que casi hicieron que perdiera el resuello y acababa en una portezuela que estaba entreabierta y daba a lo alto de la torre central del castillo. Berenguela se encontraba inclinada sobre el borde de la muralla, mirando hacia el horizonte.

—¿Berenguela? —susurré.

La infanta se giró y al verme sus ojos se abrieron como dos pozos y se lanzó a mi cuello abrazándome con una fuerza tremenda

—¡Rodrigo! ¡Gracias a Dios, estaba tan preocupada! ¡Pensé que ibas a morir!

—Aún puede que lo haga si no me dejas respirar! —farfullé intentando coger aire.

—¡Perdón! —respondió ruborizándose y apartándose para dejarme respirar—. ¡Casi enfermo de angustia!

—Bueno, ya no tienes que preocuparte, ya ves que estoy bien. ¡Me alegro de que pudieses ponerte a salvo!

—Nunca habría podido hacerlo de no ser por tu ayuda. ¿Cómo se te ocurrió interponerte entre ese asesino y yo?

—No sé, no lo pensé.

—Te comportaste como un auténtico caballero, mi protector.

—Me gusta ese título —le respondí casi sin pensarlo.

—Y a mí que lo lleves, pero no por eso lo que hiciste deja de ser una locura.

—¡Bueno, de nada, supongo...!

—¡Oh, no seas bobo! Te lo agradezco de corazón, pero podía haberte matado.

—Garcés dice que sólo era alguien que quería robar, probablemente no era tan peligroso.

—¡Garcés miente!

—¿Cómo? —respondí estupefacto por su comentario.

—No prestas atención. ¿No viste las botas de ese hombre? Eran botas de señor y su puñal también lo era, ese hombre no venía a robar para comer, buscaba algo más.

—¿Estás segura de lo que dices? ¿Qué más podía querer?

—No lo sé, pero estoy convencida de que hay algo que no quieren que sepamos. ¡Mira! —Y agarrando mi mano me llevó hasta el mirador de la torre desde la que se veía toda Pamplona.

—¿Qué quieres que vea?

—¡Ahí abajo! —dijo empujando mi cabeza para que mirase al patio donde un grupo de hombres se afanaba en cargar varios carros con todo tipo de cosas.

—¿Qué están haciendo?

—Nos vamos, mi madre ha pedido que se organice todo para que dejemos Pamplona mañana y eso sólo puede responder a una cosa, piensa que aquí no estamos seguros.

—Pero irnos, ¿a dónde?

—Al único sitio donde podemos estar más protegidos que aquí. Nos llevan a Tudela, con mi padre y mi hermano.

SI TE HA GUSTADO ESTE PRIMER CAPÍTULO Y QUIERES  
SABER MAS SOBRE LA HISTORIA DE RODRIGO,  
PUEDES RESERVAR EL LIBRO COMPLETO

[AQUI](#)

## SOBRE DANIEL



Daniel Caet es un autor español de novelas de ficción histórica y sobrenatural. Nacido en Salamanca en 1976, Daniel es doctor en Microbiología y Genética, aunque es su interés por la historia antigua y de las religiones lo que alimenta sus obras.

Su primera novela, *Las Mentiras del Cielo*, publicada en 2018 consiguió una enorme popularidad y alcanzó los primeros puestos de ventas en Amazon, algo que se repitió con su segunda obra, *El Libro de las Palabras Perdidas*, publicada en 2019.

Con *El Pecado del Rey*, Daniel se adentra en el terreno del thriller histórico, con una historia absorbente sobre la ambición, el odio y la necesidad de enfrentarse a un mundo hostil para defender la propia naturaleza en el brutal siglo XII.

## OTROS LIBROS DEL AUTOR



Becca Engels se esconde en Nueva York tras una vida predecible y aburrida de investigadora postdoctoral construida para ocultar un gran secreto, hasta que recibe la llamada de un bufete de abogados que le comunica que ha heredado una gran fortuna de una madre a la que no recuerda. Becca viajará hasta Escocia para tomar posesión de su herencia, pero lo que había concebido como un mero trámite se revela como algo mucho más complicado cuando los intentos por acabar con su vida empiezan a sucederse. Al mismo tiempo, un padre al que nunca ha conocido empieza a hacerle llegar unos misteriosos manuscritos que parecen relatar la historia del mismo Lucifer contada en primera persona y que cambiarán profundamente a Becca poniendo en riesgo la existencia del mundo tal y como lo conocemos. Becca se verá obligada a sumergirse en la historia de su familia, una historia casi tan antigua como el propio mundo, y que la llevará desde Sumeria a la Alemania de la segunda guerra mundial pasando por Egipto, la Inglaterra medieval o la América colonial, todo con la finalidad de desentrañar el misterio que rodea su propia identidad, y comprobará que su familia esconde secretos mucho mayores que los suyos propios y que hay mentiras de las que no se puede escapar, en particular, aquellas que vienen del cielo.

[Disponible aquí.](#)



Londres, 1880. Anna Parr es una joven viuda con un don muy especial, la habilidad para ver a los muertos.

Intentando ignorar su peculiaridad, Anna se esfuerza por encontrar medios para mantener la vida independiente que siempre ha deseado. Pero sus planes se ven trastocados cuando recibe la inesperada visita de un detective de Scotland Yard que solicita su ayuda para intentar solventar el caso de la sangrienta muerte de una mujer. Llevada por un impulso, Anna decide aceptar y la búsqueda de una forma de parar al terrible asesino antes de que acabe con la vida de nuevas víctimas, le hará recorrer los rincones más oscuros de Londres y poner su propia existencia y muchas otras en peligro.

A medida que se adentre más y más en el misterio que la rodea, Anna se verá obligada viajar hasta la antigua India con la única finalidad de enfrentarse a un mal tan antiguo como el mundo y a un misterio que tiene su raíz en el mismo origen del hombre.

[Disponible aquí.](#)